

LA HISTORIA Y LA TRADICIÓN. RAZÓN Y SENTIMIENTO ABORDAN EL TIEMPO

ANSELMO SÁNCHEZ FERRA
(Murcia)

SUMMARY

History and myth, from an anthropological perspective, are concepts which have different vision of the world and we cannot include them in an evolutive sequence in which one generates the other. They are two different perspectives of reality, sometimes antagonistic and other times complementary. The author suggests a reflexion on the relationship between the two, not only on an intelectual level, but also the level of everyday life.

HISTORIA Y TRADICIÓN

La dialéctica entre la Historia y la Tradición es un problema que admite múltiples enfoques: desde los puramente positivistas aplicados a circunstancias concretas en las que lo que interesa es verificar cómo la primera se construye a partir de una manipulación inevitable de la segunda, a cargo del historiador, hasta reflexiones más profundas que especularán sobre la naturaleza de una y otra y las relaciones que derivan de su estructura esencial. Precisamente en este terreno pretendo intentar en las líneas que siguen un ejercicio «casi» puramente teórico para el que deliberadamente prescindiré de aparato crítico, por dos razones: la primera porque el motivo que reúne el conjunto de trabajos entre los que se incluye esta aportación, el homenaje a la entrañable figura del profesor D. Antonio Yelo Templado, bien puede permitirse —tal vez incluso debe permitirse— la presencia de un texto que no quisiera ser exclusivamente académico. Entiendo que la salutación que representa este volumen puede interpretarse también como evocación melancólica del tiempo pasado, el del homenajeado y el nuestro propio en cuanto que ambos confluyen en algún momento, Tiempo Magno, *illud tempus*, la edad dorada de la

plenitud del ser que simboliza la experiencia universitaria y que se convierte en punto de referencia mítico para nuestra existencia.

Por otro lado las consideraciones que paso a exponer inmediatamente tienen un carácter tan personal, tan vivencial, en el sentido de experiencia interiorizada a partir de análisis casi introspectivos y de proyecciones de mi yo en el tema de debate y de las implicaciones de éste en el yo mismo, que el resultado, aunque evidentemente se apoya en un trabajo pretendidamente «objetivo», sobre una materia «objetiva», sin duda tiene menos de científico que de reflexión particular.

Dicho esto es tiempo ya de fijar el punto de partida de este ejercicio especulativo. Pretendo abordar la relación entre Historia y Tradición, y más concretamente la tradición oral, no en cuanto a la dependencia que pueda establecerse entre una y otra, sino para examinar lo que las opone radicalmente. Advertiremos entonces que ambas están en relación íntima y respectiva con dos formas diferentes del existir, el lógico y el mítico; el primero intenta analizar el cosmos para comprenderlo y asumirlo entonces, concibe la realidad en términos de causa-efecto y por tanto intenta insertar los hechos en un esquema ordenado de relaciones en el que unas implican a otras y también recíprocamente. En el segundo conocer y existir son dos dimensiones indiferenciadas del ser; el mundo se aprehende a través de la subsunción del individuo en él, no se explica, se percibe. En estas circunstancias todo resulta «trascendente», cualquier suceso, cualquier objeto o ser vivo es susceptible de convertirse en un símbolo revelador del sentido último de la existencia; los límites entre el absurdo y lo coherente, lo verdadero y lo falso, lo posible y lo imposible, estos mismos conceptos, dejan de funcionar puesto que representan categorías inadecuadas para referirse a procesos «irracionales» del conocer. «Irracionales» pero no necesariamente menos eficaces, si no es en un terreno puramente técnico, y en cualquier caso indisolubles, vinculados inevitablemente al ser humano no sólo en el pasado y entre grupos primitivos de salvajes supuestamente ignorantes, sino presente constantemente en el acontecer cotidiano de la existencia de las comunidades contemporáneas que disfrutaban de un sofisticado grado de «civilización». El pensamiento mítico, mágico, salvaje, como prefiramos llamarlo, constituye un modo lírico de concebir el mundo cuyas más sofisticadas manifestaciones las encontramos en el arte y muy especialmente en la poesía y la música. El pensamiento lógico, racional, a su vez produce una forma evolucionada, la Ciencia; cuando la Ciencia se ocupa del Tiempo surge la Historia, pero cuando el hombre contempla el Tiempo desde una perspectiva mágica entonces aparece el Mito. Para la Historia el tiempo es lineal, transcurre en un devenir inexorable hacia un punto indeterminado, desde un origen cada vez más remoto. En el Mito es cíclico, se construye en forma tal que paradójicamente se niega en un constante retorno al principio.

La Historia concede valor a los hechos cuando puede fijarlos en una secuencia cronológica y constatar su autenticidad a través de la investigación. Nada de esto parece que se exija desde la perspectiva antagónica; en el Mito los hechos valen simplemente porque se narran y el que se narren constituye la prueba esencial de su verosimilitud. Se trata de una suerte de argumento ontológico rudimentario que en última instancia significa que es el lenguaje el que crea la realidad.

HISTORIA, DOCUMENTO Y TIEMPO

La Historia, pues, precisa del testimonio. El documento no vale en sí sino como prueba o sujeto de especulación. La perspectiva mítica ignora el diálogo con la fuente y por esto mismo

el concepto de fuente se desvanece: los elementos con los que se construye el Mito no toleran la exégesis, al menos no desde el Mito. En cierto sentido esos elementos tienen un carácter fánico en el que se revelan otras realidades más trascendentes, pero la forma en que se revelan es vivencial, no racional; no cabe la hermenéutica, no tiene sentido.

Hace algunos años velaba mis armas en este terreno intentando especular sobre las diferentes lecturas de un texto efectuadas sobre las Sagradas Escrituras por la Patrística. Interpretar el documento como arquetipo o alegoría fue recurso frecuente en la exégesis de los Santos Padres; lo que entonces no advertí suficientemente es la relación que semejante actitud guarda con respecto a la conceptualización del tiempo y, en consecuencia, el sentido mismo de la Historia que implicaba. Podríamos dejarnos llevar de una valoración primera por la que parece evidente atribuir a la exégesis de los escritores cristianos primitivos la convivencia de una conciencia del tiempo histórico, presente en la aceptación sin más de la peripecia del pueblo de Israel en un contexto temporal preciso, con una percepción mítica de la realidad, patente en la lectura analógica o tipológica por cuanto ésta descontextualiza y atemporaliza esa realidad. Sin embargo la concepción mítica, como hemos advertido, no manipula el documento, de hecho lo desconoce, vive en el hecho, pero no lo interpreta; es por esto que Jerónimo de Estridón y otros como él no se distanciaron, en realidad, de una actitud lógico-racional con relación a sus fuentes, actitud plenamente histórica marcada por esa capacidad de alejamiento, de posicionamiento respecto al documento que implica una dimensión temporal, la del documento y la del que lo revisa. El evemerismo clásico representa algo semejante.

NOCIÓN DEL TIEMPO EN EL FOLKLORE ORAL

Durante mucho tiempo, antropólogos y folkloristas han invertido esfuerzos en establecer taxonomías que estructuren convenientemente los distintos productos de la narrativa oral. Van Gennep propuso distinguir el cuento del mito y ambos de la leyenda; Malinowski lo intentó con el cuento y el mito. Ambos pretendieron elaborar su clasificación sobre la base de la definición de las características esenciales que los diferencian, obviamente; pero lo que sobre el papel parecía elemental en la práctica resultó complejo e ineficaz: la lectura de «La formación de las leyendas» promueve más dudas que resuelve interrogantes. Van Gennep debe moverse entre imprecisiones y ambigüedades que convierten en confusa su tipología; lo que define al cuento está también en la leyenda y el mito, lo que para una comunidad es mito en otra es leyenda. Recurre entonces al planteamiento evolucionista en boga y propone la degradación del mito como la fórmula que explica el origen de los otros dos grandes elementos de la oralidad. Pese a su óptica funcionalista el análisis de Malinowski no es esencialmente diferente. Más tarde la investigación abandona este camino, asumiendo lo establecido hasta el momento, y prefiere las clasificaciones temáticas o los criterios estructuralistas. Las primeras no conducen a ninguna parte excepto al comparativismo más estéril o al evolucionismo más absurdo. Los segundos casi se agotan en sí mismos; revelan, es verdad, asombrosas e interesantísimas peculiaridades del cuento maravilloso y del mito, pero o no se aplican o no se pueden aplicar a los otros tipos de cuentos que carecen de la secuencia estructural puesta en evidencia por Vladimir Propp en su «Morfología del cuento».

UNA EXPERIENCIA COMO EJEMPLO

Quizás pueda abrirse una nueva vía de aproximación a la comprensión de lo esencial y lo diferenciador en la narrativa popular tradicional abordándola desde la perspectiva de la concepción del tiempo que encierran sus múltiples manifestaciones. Así lo hemos pretendido en un reciente trabajo de campo efectuado en la pedanía de Caprás, término municipal de Fortuna. Allí las categorías empleadas por los informantes para clasificar sus narraciones se fundamentan en el grado de historicidad que le atribuyen; eso sí, sin que ese grado represente una relación directa con la verosimilitud. Son dos dimensiones distintas pero no antagónicas.

En Caprés oponen el cuento al «pasar» o «pasaje», y tanto del contexto como de sus explicaciones se deriva lo que consideran por uno y otro: se trata por un lado de relatos sin protagonistas concretos ni adscripciones geográficas determinadas y mucho menos referencias cronológicas precisas. El narrador no intentará en principio convencer a su interlocutor que lo acaecido en el cuento sucedió realmente. El «pasaje» es la anécdota, tiene un indiscutible carácter histórico, independientemente de que se expliciten todos los elementos que la historizan, sólo algunos o incluso ninguno.

Lo más interesante de cuanto advertimos en Caprés es como los informantes se mueven en un terreno ambiguo, presentándonos relatos de raigambre tradicional y popular como sucedidos, protagonizados por vecinos conocidos y en circunstancias que se intentan fijar en contextos perfectamente identificables. No es una actitud particular de un narrador, sino compartida por todos cuantos nos proporcionaron material.

Podemos interpretar este fenómeno como uno más de los derivados de los avatares sufridos por la relación entre la concepción mítica y la histórica del Tiempo. Hoy el proceso de desmitologización de la conciencia, iniciado tal vez en Grecia hacia el final de la primera mitad del primer milenio antes de Cristo, invade parcelas en las que hasta el momento había subsistido un cierto equilibrio entre las dos cosmovisiones. Al mundo rural alcanza también la identificación de Verdad con verdad histórica, la necesidad de vincular el hecho con la prueba, la exigencia del argumento.

A MODO DE CONCLUSIÓN-PREMISA

A mi juicio sería un error pretender presentar las concepciones temporales que implican Mito e Historia como productos de contingencias de civilización o cultura. Intentar insertarlas en una secuencia evolutiva vinculando a la primera con el pasado y con la ignorancia y a la segunda con lo opuesto es equivocar la perspectiva. Es como condenar a la sensibilidad al ostracismo por obsoleta y proclamar un determinado tipo de lógica, la aristotélica, como la forma legítima y única de percibir la realidad con verosimilitud. Fácilmente se advierte cómo los que podemos llamar «planteamientos analógicos» brotan espontáneamente en los comportamientos cotidianos de los intelectuales más sesudos. Con harta frecuencia, de pensamiento o de obra, el individuo intenta reconstruir su pasado personal para recuperarse a sí mismo o para recobrar algo cuya ausencia le agobia y en tanto que nos consumimos en la Historia cualquier hijo de vecino tiene su Mito que lo reivindica, que lo regenera y que lo reconcilia con su propia existencia; no es menos verdadero pero sin duda resulta mucho más hermoso.